

EL FIN DE UNA ERA

De todos los cambios políticos que se han producido en estos últimos tiempos—caída del Gobierno Macmillan en Inglaterra, intentos, aún no muy logrados, por afirmar en Italia la «apertura a izquierda», resultados nada favorables a la estabilidad en las recientes elecciones griegas, etc.—, ninguno parece tener la importancia o significación, al menos en potencia, que el que ha puesto fin en la Alemania Occidental a la llamada, con mucha razón, «era de Adenauer». En un mundo donde son tantas y tan extraordinarias las cosas que suceden, podía no ser motivo de sorpresa alguna el hecho de que se haya producido—o se esté produciendo—un cambio en la República Federal de Alemania, en el país que en su forma actual, tan nueva, aunque lo nuevo esté asentado sobre algo bien cargado de historia, no había conocido desde su creación, hace catorce años, cambios políticos de mayor significación que alguna leve reorganización ministerial.

Leve también ha sido la alteración introducida en el Gobierno como consecuencia de la dimisión del doctor Adenauer. No ha pasado de unos cambios poco menos que indispensables al dejar «Der Alte»—«el Anciano», como desde hace tiempo se llamaba al hombre que llegó a canciller después de dos tentativas infructuosas en los años que siguieron de cerca a la terminación de la primera guerra mundial, cuando tenía setenta y tres años, una edad que muchos consideran más que suficiente para el retiro, nunca para el comienzo de una vida política larga y fecunda—la cancillería, para ser ocupada por el hombre que estaba en espera de llenar esa vacante desde hacía años. Había estado haciendo antesala, podría decirse, en la vicepresidencia del Gobierno o *via*—cancillería, como se prefiere decir en la Alemania Occidental. Entre esto, que supuso también el abandono del Ministerio de Economía, en el que el profesor Ludwig Erhard se había hecho

realmente conocido como autor del «Wirtschaftswunder», el milagro de la economía del mercado que transformó un montón de ruinas en una de las primeras, más ricas, más poderosas naciones de la Europa actual, y el intento de «acomodar» al jefe de la minoría federal demócrata (liberal, de tendencia muy conservadora), Erich Mende, en una posición importante en el Gobierno, podía quedar explicado todo el cambio producido.

El Gobierno actual, bajo la dirección del profesor Erhard, es prácticamente el mismo que tenía la nación en los momentos en que se retiró de la cancillería, que no de la vida política, la venerable, enhiesta y rugosa figura del doctor Adenauer. Y, sin embargo, y a pesar de tan pocos cambios, la Alemania Occidental—lo cual quiere decir que Europa también y algo más aún, sin duda—se encuentra ahora ante una situación radicalmente nueva. En la situación a que se ha llegado hay mucho que parece paradójico. Una de las grandes paradojas—o quizá sea una situación poco fácil de comprender—del momento alemán es que con pocos y pequeños cambios se ha producido un cambio radical, y en realidad, y a poco que se piense en ello, sin que tenga especial significación el traspaso de poderes que pudo haberse hecho sin que hubiese habido cambio alguno en el fondo, sin que se hiciese nada más que seguir adelante con lo que parecía «flotar en el ambiente».

Porque la sospecha—a veces parecía ser la evidencia de algo incontrovertible—de que con Erhard al frente del Gobierno alemán las cosas sólo podrían marchar en forma clara, inconfundiblemente distinta a como habían ido en los catorce años de la «era de Adenauer», debió de haber quedado desvanecida por completo por una serie de hechos llamativos, acaso significativos, que empezaron a producirse apenas el profesor Erhard quedó instalado en la cancillería y empezaron a verse ceniceros donde antes no habían existido, a desaparecer algunos de los cuadros que parecían haber contribuido tanto o más que la presencia de «Der Alte» para dar por todas partes una imponente, abrumadora sensación de seriedad y solemnidad.

El nuevo canciller empezó por «enfriar» los ánimos de quienes esperaban que se produjese, al instante, un cambio inconfundible en la actitud de la Alemania Occidental y, a ser posible, de la Comunidad Económica Europea, para reanudar la marcha de aproximación, quizá colaboración, con la Gran Bretaña que el general De Gaulle había interrumpido, de manera brusca y decidida, hacía casi un año. El profesor Erhard no advirtió la existencia de la menor prisa por realizar unas gestiones que, en cierto

modo, habían dejado de tener sentido desde el día en que él mismo había dejado escuchar su voz de protesta, es más, de condenación de lo que el presidente de Francia había hecho, por lo que había hecho y por la forma en que lo había hecho. Podría casi decirse que lo extraño sería un procedimiento distinto, puesto que, por ahora al menos, ¿de qué serviría una declaración inconfundible del profesor Erhard en favor de la entrada de Inglaterra en el Mercado Común (Comunidad Económica Europea), cuando esa misma nación, que tan mal había encajado el golpe asestado por De Gaulle, quizá en actitud de revancha más bien que de animosidad (estaba muy reciente la repulsa británica a la propuesta francesa de colaboración nuclear «europea» a espaldas o en contra de los Estados Unidos) estaba haciendo demostración de una carencia total de interés en la cuestión?

El cambio aquí podría ser de Inglaterra más bien que de la nueva situación alemana, pero, en cualquier caso, era un cambio importante que, en apariencia, apuntaba a una dirección contraria a la que el profesor Erhard había seguido desde un principio o pretendido seguir.

Cambio, y posiblemente muy significativo, era el que parecía anunciar la entrevista celebrada por el nuevo y el antiguo canciller, con lo que se hacía algo más que enterrar el hacha de la guerra y encender la pipa de la paz, al poner fin ostentosa y cordialmente a una rivalidad de años. Podía tenerse la impresión de que, acaso por primera vez en su vida, el profesor Erhard veía las cosas en forma que no se distinguían fundamentalmente de como las había venido viendo el doctor Adenauer, que había sido, de hecho, quien había iniciado, tiempo atrás, una política que si no significaba cambio, significaba, por lo menos, el intento de marchar en una dirección no idéntica a la que se había seguido hasta entonces.

Hay una manera fácil de demostrarlo: Durante años, los años de la guerra fría, la colaboración entre los Estados Unidos y la Alemania Occidental había llegado a tener tal grado de intimidad y constancia, que no faltó la observación de que la política exterior de los Estados Unidos, en lo relacionado con Europa por lo menos, se hacía en Bonn, nunca en Washington. Pero en los últimos años, desde antes ya de la terminación del segundo mandato presidencial del general Eisenhower, pero inconfundiblemente desde la llegada de su sucesor, John F. Kennedy, a la Casa Blanca, las relaciones iban cambiando de tal manera que en Washington mucho más que en ninguna otra capital del mundo se sentía la impaciencia del «relevó», de la salida de «Der Alte» de la cancillería, porque no se advertía

ninguna otra manera de poner de nuevo en marcha una política que había quedado totalmente atascada, paralizada. Pero encontrarse con la extraordinaria sorpresa de la presencia del profesor Erhard al frente del Gobierno de la República Federal de Alemania no permite pensar en que las cosas van a ser más fáciles para la política norteamericana en lo relativo a Europa, en el futuro, que lo han venido siendo en estos últimos años, sobre todo desde que se empezó a sospechar—sospecha ya prácticamente confirmada—de que los dos colosos nucleares no quieren llegar a situaciones que hagan inevitable o muy poco menos un posible conflicto. La «confrontación» sobre Cuba hace un año largo, el tratado de prohibición parcial de las pruebas nucleares, la venta de cantidades enormes de cereales norteamericanos a la Unión Soviética, éstas y otras cosas hablan de situaciones muy distintas a esas a que se había acostumbrado el mundo cuando se hablaba de las «represalias en masa», del «brinkmanship» o política de acercamiento al borde del abismo de la guerra y, en fin, el desarrollo de la política del segundo *deterrent* para el caso, es de suponer, en que hubiese fallado el primero, y del *overkill*, que se podría traducir más que como matar y matar otra vez lo que está ya muerto, hacer uso de una mandarria para deshacerse de una hormiga molesta.

Es evidente, desde luego, que se fué desvaneciendo mucha de la cordialidad y espíritu de franca colaboración entre los Estados Unidos y la Alemania Occidental. ¿Por culpa de quién? Eso no viene al caso. Lo importante es el hecho, que existe, a pesar del cambio que significa la sustitución que se ha producido en la cancillería de Bonn, y hasta la desaparición, tan espeluznante, del presidente Kennedy. Existe hasta el punto en que pudiera resultar más difícil para los Estados Unidos el colaborar con la nueva situación de la Alemania Occidental que lo había sido el colaborar con la antigua en los días en que el doctor Adenauer había empezado a encontrar una falta creciente de comprensión en el Gobierno de los Estados Unidos o, por lo menos, en su presidente, con esa tendencia alarmante que había venido exhibiendo a tomar decisiones que podían tener una importancia básica para la Alemania Occidental—y para otros países—sin haberla tenido previamente en cuenta. A veces se trataba de algo tan profundamente molesto como la manera resuelta con que se forzó a la Alemania Occidental a interrumpir la exportación de muchos miles de toneladas de tubería de acero para la construcción de un gran oleoducto y un enorme gasoducto en la Unión Soviética, en una gran parte después

incluso de haberse no sólo terminado la fabricación, sino iniciado el transporte, para colocar toda esa tubería en el puerto de embarque. Aquello produjo una impresión muy fuerte porque, aparte la dificultad de demostrar satisfactoriamente que la tubería de acero es un material estratégico, estaba el quebranto económico que sufrían algunas grandes empresas alemanas.

A la vista estaba también la aparente falta de entusiasmo del nuevo canciller, algo tan distinto a lo que se esperaba de él, por afirmar y reforzar desde la dirección del Gobierno lo que había venido sosteniendo en los años en que había sido ministro de Economía y vicecanciller, en favor de la mayor libertad comercial y para aplicarlo en el plano más amplio posible. La C. E. E., acusada con tanta frecuencia, por algunos alemanes de manera más resuelta quizá que por nadie más, entre ellos el profesor Erhard y el ministro de Asuntos Exteriores, doctor Gerhard Schroeder, que ya lo había sido con el doctor Adenauer, de «mirar hacia dentro», de adoptar actitudes proteccionistas en relación con terceros países—una acusación muy discutible, en cualquier caso—, había adoptado una actitud que parecía estar en contradicción con la conducta seguida hasta entonces. La elevación rápida de los derechos aduaneros para la importación de pollos congelados, lo que dió lugar a la llamada «guerra de los pollos», ante las vigorosas y tajantes amenazas de los Estados Unidos de recurrir a las represalias en gran escala, creó una situación sumamente delicada y notoriamente en contradicción con todo lo que el profesor Erhard había sostenido y propugnado. Pero, ¿qué hizo el profesor Erhard, una vez al frente de los destinos de Alemania? Nada, o, en cuestiones como ésta, casi nada.

Puede ser pura casualidad o puede ser algo más que casualidad, pero el hecho de que el primer viaje que hizo el profesor Erhard al extranjero desde su llegada a la presidencia del Gobierno de su país haya sido a París, no a Washington, como en otro tiempo hubiera parecido lógico y quizá inevitable, o a Londres. A París, que es de donde, en líneas generales, han salido mayores y más resueltas resistencias a la política exterior norteamericana relacionada con Europa.

A París, donde tiene su asiento, desde que el general De Gaulle ocupa el palacio del Elíseo, «la recriminación..., la duda y la desconfianza acerca de los motivos y objetivos de la política norteamericana», según J. William Fulbright, que además de senador—en el Senado fueron pronunciadas esas palabras—es presidente de la Comisión de Asuntos Exteriores, la más im-

portante y más prestigiosa de una cámara que ha sido descrita alguna vez como el más exclusivista de los clubs del mundo, por razón de estar tan rigurosamente limitado el derecho de admisión, a dos representantes tan sólo de cada uno de los Estados que forman la poderosa Unión norteamericana. Y no se quedó ahí. «Es esta desconfianza—añadió—lo que perturba a los países asociados con Francia y debilita la Alianza Atlántica», uno de los soportes fundamentales de la política exterior de los Estados Unidos en su totalidad. Dura ya demasiado el tiempo en que Francia, afirmó el senador Fulbright, con acento de advertencia y censura más bien que de pesadumbre, «ha sido la voz de la negación y la disensión dentro de la comunidad occidental».

Es a París antes que a Washington, sin embargo, a donde ha ido el profesor Erhard, ya en calidad de jefe del Gobierno de la República Federal de Alemania, para repetir lo que venía haciendo ya, desde algún tiempo atrás, el doctor Adenauer. Por eso es posible hablar de grandes cambios o de pocos cambios. Incluso de ningún cambio, pues hay algo más que indicios que apuntan hacia la continuación de la política alemana, la exterior por lo menos, por derroteros que empezaron a ser trazados en los días de Adenauer, el hombre que había llegado a desesperar de que con Kennedy en la Casa Blanca pudiesen su Gobierno y su país encontrar la solución deseada para grandes problemas, como la situación, crónicamente mala, del Berlín occidental, o como el convencimiento, que se va afianzando poco a poco, de que algún día y en alguna ocasión se habrá de mirar cara a cara a la última y definitiva cuestión del proceso de reconstrucción militar y rearme de la República Federal de Alemania: la posesión de armamento atómico, bien directamente—quizá esto llegue a ser inevitable—o bien a través de organizaciones (la O. T. A. N. o, posiblemente, la C. E. E.) en las que la posición de Alemania pudiera acabar siendo no sólo igual a la que ocupasen todas las demás potencias asociadas o cualquiera de ellas, sino que incluso podría parecerse a la de quien llega a un *primus inter pares*.

En los últimos tiempos se ha ido afirmando mucho la impresión de que las verdaderas dificultades con que tropiezan los Estados Unidos para el desarrollo de una política exterior de una eficacia auténtica no están en las relaciones con la Unión Soviética, sino en las relaciones con algunos de sus aliados y amigos, con Francia primero y ahora—y desde algún tiempo, con la Alemania Occidental también.

Las dificultades con la Unión Soviética son algo a lo que es posible ir acostumbrándose, porque en las relaciones entre las dos superpotencias mundiales se advierte la existencia de ciertas constantes que si bien hacen difícil, quizá a la larga imposible, una aproximación real y genuina, también apuntan hacia la imposibilidad, acaso ya total, de una separación absoluta. Es molesto, a veces insoportable casi, tropezar con dificultades como las que surgieron en la autopista que conduce hacia Berlín desde la Alemania Occidental, en las que es posible que haya alcanzado la delantera la Unión Soviética, precisamente porque, al precisar un poco, no se encuentra nada que diga que ha habido victoria para una o la otra parte. Las relaciones con la Unión Soviética son difíciles y es de suponer que lo sigan siendo, pero algo se lleva adelantado cuando se sabe esto y, además, se tiene en cuenta. La sorpresa queda sólo para el principio, para cuando se empieza, sin esperarlo, a vivir en situaciones como aquella en que se encontró el senador Tom Connally, recientemente fallecido, durante una sesión muy difícil con los delegados soviéticos en las Naciones Unidas. «Me hicieron recordar—explicó Connally un poco más tarde—a una persona muy difícil que conocí yo en Tejas. Me dijo una vez: —Voy a casa, y si mi mujer no tiene la cena lista, le voy a dar una buena somanta. Y si tiene la cena lista, no voy a ser yo quien la coma.»

Los Estados Unidos pueden vivir—no les quedará otro remedio—con las dificultades soviéticas. Pero a duras penas podrán vivir largo tiempo con las dificultades francesas, que ya no tienen bastante con el desarrollo de una fuerza nuclear independiente y el oponerse de manera sistemática a todos los puntos fundamentales del programa de la Alianza Atlántica, sino que incluso aspiran a inmiscuirse en cosas como la situación en el Vietnam del Sur o el intento por crear un clima propicio para el desarrollo de relaciones con la China comunista.

Y con un estado de cosas como éste, que no es nada satisfactorio, se produce la sorpresa—que no debería serlo, por tratarse de algo cuyos orígenes no son actuales—de un enfriamiento en las relaciones entre los Estados Unidos y la República Federal Alemana, que llama mucho más la atención por ser fantasma las esperanzas que se habían puesto en el cambio que, forzosamente, había de producirse en el momento de la llegada del profesor Erhard a la cancillería.

Los Estados Unidos nunca dieron la impresión de sentirse impresionados por la actitud de Francia. Si hubiera sido así, es posible que no se hubiese

dejado sin respuesta aquella comunicación del general De Gaulle al general Eisenhower, cuando ambos eran jefes de Estado de dos potencias amigas y aliadas, para pedir la creación de un directorio tripartito para la O. T. A. N. (ahora los laboristas ingleses piden un directorio cuatripartito). Contaban —creían contar— con bazas poderosas para reducir cualquier actitud de resistencia o de oposición. Una de ellas, acaso entonces la fundamental, era la Gran Bretaña. Su eficacia se malogró, por lo menos, por razón del papel, a veces desairado, que la Gran Bretaña hubo de representar. En cualquier caso, la Gran Bretaña se encontró en una posición sumamente incómoda, además de ineficaz, a raíz del «veto» del general De Gaulle, el 14 de enero del año en curso, al decidir, unilateral y públicamente, que la Gran Bretaña no sólo no sería admitida en la C. E. E., sino que no se admitía ni siquiera la continuación de negociaciones de ninguna clase sobre esta cuestión. (Más tarde, en un momento de buen humor, De Gaulle pareció ceder algo en su actitud de total intransigencia. Pero la renovada esperanza duró unos segundos nada más. Inglaterra entrará algún día, dijo, en la C. E. E., pero eso será cuando él ya no esté allí para verlo.)

Desplazada Inglaterra del plano de las posibilidades prácticas, se pensó en la Alemania Occidental como la potencia más indicada, no para buscar su actuación como mediadora, sino para poner bien de manifiesto el estado de aislamiento en que Francia se encontraba ya, por causa exclusivamente de su intransigencia, de su terquedad en colocarse al frente de un movimiento de clara orientación europeísta, cuyos límites estaban en el Atlántico por un lado, en los Urales por el otro. Hasta por aquí hay complicaciones, en vista de la rapidez con que la Alemania busca establecer relaciones y desarrollar el comercio con los satélites de la U. R. S. S. y la negativa inglesa a limitar con el tiempo los créditos que se pueden conceder a la Unión Soviética.

Pero ahora que el profesor Erhard se halla al frente de los destinos de la Alemania Occidental, ahora que ha pensado en dar los toques decisivos y finales a una política que se venía preparando y formulando y perfeccionando desde hacía tiempo, se tropieza con algo tan llamativo como lo que, bajo el nombre de Heinrich Krone, una de las principales figuras de la democracia cristiana de la Alemania Occidental, el partido de Adenauer y de Erhard, se dice en la *Correspondencia Política y Social*: «Todas las fuerzas responsables de la República Federal de Alemania están unánimemente de acuerdo al estimar que la amistad con Francia es tan indispen-

sable como la unión estrecha con los Estados Unidos, la política europea tan necesaria como la Alianza Atlántica.»

Y, se podría preguntar, si se llegase a la situación en que no hubiese fatalmente más remedio que elegir entre una cosa y la otra, ¿qué partido se tomaría?

Está ya planteada, en términos extremadamente desapacibles, la polémica entre la Alemania Occidental y los Estados Unidos en torno a la cuestión de las tropas norteamericanas estacionadas en Europa. No es lo único por lo que ya no son tan armoniosas las relaciones entre las dos potencias, pero es algo muy llamativo, por haber dado lugar a tensiones, a una tirantez de relaciones que ha permitido acusar a los Estados Unidos, como ha hecho el prestigioso *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, de tratar de engañar al público alemán sobre algo que, inesperadamente, se ha convertido en el gran problema del momento.

El Gobierno de los Estados Unidos se encontraba retirando algunas fuerzas militares de Europa y se tenía la impresión de que no quedaría más remedio que seguir adelante por el mismo camino. Por varias e importantes razones, especialmente por la gran sangría en dólares que se ha traducido en un déficit crónico—y a menudo muy abultado—en la balanza de pagos de los Estados Unidos, en algo que a la larga resulta imposible de sostener. Pero, se decía una y otra vez, las fuerzas que se retiraban no afectaba en nada a la posición que ocupan los Estados Unidos, tanto en relación con la O. T. A. N., como con la Alemania Occidental, puesto que se trataba exclusivamente de las fuerzas que habían sido enviadas a Europa en 1961, cuando de pronto se había producido un grave empeoramiento en la situación en torno a Berlín. A pesar de todo, a pesar de que era todavía cierto que sólo se retiraban fuerzas que no habían sido ni siquiera incorporadas al grupo de las seis divisiones norteamericanas que, estacionadas en la Alemania Occidental, figuran como la aportación de los Estados Unidos a las fuerzas armadas de la O. T. A. N. en Europa, la situación empeoraba.

En la Alemania Occidental iba calando un poco más hondo cada día la impresión de que el gran cambio producido a raíz de aquella espectacular confrontación nuclear entre Kennedy y Jruschev, sobre la cuestión de los proyectiles soviéticos en Cuba, estaba dejándose sentir de una manera directa en la Alemania Occidental, que es precisamente el país más claramente identificado—y quizá asociado—con el desarrollo de la guerra

fría. Se podían dar explicaciones, más o menos satisfactorias, sobre lo que se hacía y el carácter limitado de esa operación de repliegue. Pero, ¿se podía, en realidad, aceptar como algo real?

No, evidentemente. Y para demostrarlo se pueden encontrar argumentos tan llamativos como lo que dijo el ex presidente Eisenhower en un artículo aparecido recientemente en una revista norteamericana de enorme difusión. Los 300.000 soldados norteamericanos en Europa deben ser reducidos, escribió el general Eisenhower, al efectivo de una división. Con esto basta y sobra para llevar una función esencial, eso que por los Estados Unidos se llama *show the flag*, o «enseñar la bandera», es decir, hacer demostración más que de una presencia física, que en realidad no es necesaria, de la firme decisión de acudir con rapidez fulminante en el caso de suceder algo como aquello que había dado lugar, precisamente, al planteamiento de la guerra fría.

Con una división había bastante y la prueba de ello se tenía, por si hacía falta, con esa asombrosa operación *Big Lift*, que acortó en casi nueve horas el plazo de setenta y dos horas que se había fijado para el transporte de toda una división, equipada y armada—con armas ligeras, no pesadas—y el personal de servicios, unos 16.500 hombres en total, desde bases de Tejas a bases en la Alemania Occidental. ¿Qué se podía esperar, sobre todo sabiendo, como se sabe, que son cientos ya los proyectiles balísticos de un radio de acción intercontinental que se hallan listos y en posición de tiro y todo lo que necesite, es más, como demostración de que no será tolerada ninguna nueva expansión del carácter de la que amenazó la seguridad de la Europa occidental en los días que siguieron inmediatamente a la terminación de la segunda guerra mundial?

No había, sin embargo, argumentación posible, siempre que se insistiese en retirar algunas de las fuerzas norteamericanas, en seguir adelante con algo que dejaba la impresión de responder a los dictados de una política de carácter general, como se desprende de la decisión de retirar, en este medio año que le queda al ejercicio fiscal de 1963-64, alrededor del 20 por 100 de los aviones de bombardeo estratégico «B-47» estacionados en Inglaterra y España (la retirada por ahora afecta a Inglaterra exclusivamente, de donde ha de salir o está saliendo una parte del personal aéreo norteamericano y van a quedar a disposición del Gobierno inglés dos de las cuatro bases aéreas que todavía están siendo usadas por el Mando Aéreo Estratégico de los Estados Unidos). Porque si era verdad lo que se

decía en los Estados Unidos, que no habría retirada de tropas, que la decisión del país de permanecer inquebrantablemente asociada a la Europa occidental era definitiva, ¿no se podría dar una señal significativa de buena voluntad al incorporar también a la O. T. A. N. y dejarla, en consecuencia, en la Alemania Occidental, a esa nueva—la séptima—división que había sido transportada por aire muy poco antes?

Las diferencias empiezan a ser numerosas y en algunos casos están creando situaciones francamente difíciles. Algo de eso saltó a la superficie con lo que casi tiene las dimensiones de un escándalo sobre la creación de un servicio de transporte aéreo para las fuerzas armadas de la Alemania Occidental. Hasta ahora, la mayor parte de la aviación de que disponen estas fuerzas armadas es norteamericana o fabricada en la Alemania Occidental con patentes norteamericanas. Los intentos realizados por Inglaterra y Francia de proporcionar algunos abastecimientos de importancia a la «Bundeswehr», la fuerza defensiva de la nación, acabaron casi siempre en fracasos y descalabros, a veces mucho más dolorosos por haberse tenido el convencimiento de que ya se había llegado a un acuerdo en firme.

Lo sucedido en torno a la creación de este nuevo servicio, que pudiera convertirse en la compra de aviones de transporte por un valor total de unos 200.000 millones de pesetas, es algo más que la gota de agua que desborda un vaso completamente lleno. Cuando parecía que era definitiva la decisión de adquirir un avión de construcción francoalemana, el «Transall», dotado con dos reactores «Rolls-Royce» (de fabricación inglesa), surgió una situación parlamentaria que produjo la impresión de que se había invertido radicalmente el proceso y de nuevo se dejó paso libre a la compra, a vía de ensayo, del primer centenar de aviones norteamericanos tipo «Hércules», de cuatro reactores y un radio de acción mucho mayor, pero que al parecer no llenaban—o llenaban en exceso—, como lo haría el «Transall», las especificaciones a que se deberían ceñir las ofertas. Era una operación de ensayo en la que se iban a invertir unos 300 millones de dólares, la décima parte, aproximadamente, del costo total del proyecto.

A esta decisión se llegó sin haber tenido en cuenta para nada al ministro de Defensa. En ella parecieron haber influido las gestiones directas realizadas por los agentes de la casa norteamericana constructora del «Hércules», la Lockheed—con algunos diputados, especialmente los socialdemócratas, puesto que la mayoría cristianodemócrata sostenía la posición oficial de seguir adelante con el «Transall». El ministro de Defensa, Kai-

Uwe von Hassell, se sintió profundamente contrariado y su primer reacción fué anular un pedido, ya prácticamente ultimado, de aviones de caza destinados a fines de entrenamiento, de la misma compañía norteamericana, por un valor de 70 millones de dólares, algo más de 4.000 millones de pesetas.

Cualquiera que fuese el propósito del profesor Erhard, la situación que se encontraba, al tomar posesión de la cancillería, no se parecía en nada a lo que él había supuesto o se había imaginado en los días en que se encontraba en la oposición. No en oposición frente al Gobierno de su país, del cual había formado él una parte muy importante y muy activa, sino a las ideas del doctor Adenauer sobre la posición que debería ocupar la Alemania Occidental, en Europa y en el mundo, en cuestiones de política no menos que de economía, que había sido hasta entonces su bastión poco menos que inexpugnable, tal había sido el desarrollo y la solidez que había conseguido darle.

Es posible que en ello hubiese influido mucho también el paso del tiempo, que altera la naturaleza de las cosas no menos que la de las personas. En cualquier caso, el fin de la era de Adenauer no es menos importante por el hecho, hasta ahora en vías de desarrollo, de que los Estados Unidos llegasen a encontrarse, con el profesor Erhard en la cancillería de Bonn, sin el apoyo para el desarrollo continuado de su propia política atlántica en la forma en que lo habían hecho hasta los días en que una aparente «dulcificación» en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética pudo dejar en la Alemania Occidental la impresión de que ni Berlín ni otras cosas, acaso más importantes todavía, habrían de permanecer indefinidamente en la situación de *statu quo* en que se las quería mantener.

Naturalmente, a estos cambios pudieran seguir otros cambios. Aun cuando en el caso del profesor Erhard llegase a producirse la situación, en apariencia paradójica, de impedir que se altere el cambio de rumbo que se había producido ya en los años finales de la «era de Adenauer». Es decir: crear la sensación de que con el hombre de quien se esperaba—esperaban los Estados Unidos—el cambio mayor y más favorable, de aproximación a las posiciones norteamericanas, de todos los que se han venido produciendo últimamente, no se ha producido, ni acaso llegue a producirse, cambio alguno de verdadera importancia.

JACINTO MERCADAL.